



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
Biblioteca Universitaria



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
Vicerrectorado de Cultura y Deporte

¡LEVÁNTATE Y ANDA!

Anselmo Blanco Sucino



DIPLOMA 2012

¡LEVÁNTATE Y ANDA!

Anselmo Blanco Sucino

¡Levántate y anda! (Velero errante)

...Crack...Pum. Olor a neumáticos quemados. Humo en abundancia que ocultaba una escena dantesca: trozos de puertas por todas partes, cristales sobre el asfalto, acordeones de hierro contraídos y silenciosos, miradas amarillas y pálidas fijas sobre la oscura carretera, tímidos sonidos de dolor que resquebrajaban la calma nocturna del campo.

Una señal borrosa sobre el suelo era todo lo que podía recordar de aquella fatídica noche. Cuando despertó, se sobresaltó al encontrarse en el hospital. Estaba solo. No sentía su cuerpo. Ni dolor ni bienestar...Nada ... Absolutamente nada.

-¿Cómo te sientes, cariño? -Irrumpió una voz estridente y emotiva que lo alejó de sus cavilaciones. Era su madre, aquel tono y aquella emoción descontrolada le eran sumamente conocidos.

- No lo sé, mamá- contestó con apatía.

- Ya verás como todo saldrá bien. Te están haciendo pruebas y, pronto, muy pronto, podrás volver a casa. Tuviste mucha suerte. El otro chico falleció en el acto.

Cuando pronunció la última frase se arrepintió de haberlo hecho. Recordó lo que le había dicho la doctora. "Nada de malas noticias". Así que ni corta ni perezosa comenzó a ensartar una serie de oraciones sin relación entre ellas sobre distintas cuestiones, con el único fin de que se le olvidará su última frase. Sin embargo, eso fue imposible. Aquella oración se le grabó en el alma.

" ¿ Qué ha ocurrido, por Dios, que alguien me lo diga? No recuerdo nada...,Dios, nada". Se dijo para sí con consternación. Su mente aún aletargada acunó la pregunta en su interior. No tuvo fuerzas para pronunciarla. Dejó hablar y hablar a su madre, como hacia siempre, y se adormeció con la cara fuertemente apoyada sobre la dura almohada hacia el lado contrario de donde se encontraba ella, y no pudo evitar liberar una diminuta lágrima.

Entrar en su cuarto otra vez resultó muy duro. Parecía como si todo fuera nuevo. A los pocos días de despertar del coma había recuperado la memoria. Fue el peor día de su vida. Recordó con todo detalle lo ocurrido: como se saltó el stop que no vio y chocó contra otro vehículo. Sí, él fue

el culpable y la vida le daba a él, el verdugo, una segunda oportunidad. Pero para que no se le olvidase jamás su delito le dejó un recuerdo: cada vez que viera a su nueva compañera recordaría lo ocurrido. Al principio, la odió, ni siquiera la miraba. Luego, fue acostumbrándose a su presencia en su habitación. Sus piernas frías y metálicas le enfurecían.” ¿Por qué ella sí podía moverse y yo no?”, se preguntaba. “¿Qué de especial tenían aquellas piernas frías, largas y circulares que no tuvieran las tuyas?” Era obvio: movimiento.

La primera noche no pudo dormir. Extrañaba tanto todo su mundo de colores, olores, figuras e imágenes que deseaba emborracharse de todo aquello que se había quedado allí, esperándole. Analizó objeto por objeto, papel por papel y se divertía escuchando las distintas historias que cada cosa tenía que contarle para volver a tomar conciencia de su persona, de su yo, brutalmente herido y entristecido.

Casi al amanecer volvió a mirarla. Todavía no podía aceptar que aquella cosa fuera a formar parte de su vida para siempre. Sintió tanto dolor presionándole el pecho que se tiró al suelo y comenzó a arrastrarse hasta poder tocarla. Allí estaba, inmóvil, con su altanería de costumbre, indiferente a su sufrimiento, silenciosa, y segura de sí misma. Esa seguridad le hacía un terrible daño, la seguridad de saber que dependería para siempre de ella.

Estaba cansado, así que recostó su cabeza sobre el asiento frío de cuero negro de la silla de ruedas y se quedó adormilado.

Los días pasaban y Marcos se negaba a salir a la calle en el último momento. Se vestía, se sentaba sobre ella, se acercaba a la puerta y tiraba del pomo, pero cuando se abría ante sí aquel amplio espacio vivo y bullicioso donde tendría que luchar de una manera nueva se acobardaba, daba marcha atrás y cerraba la puerta hasta el día siguiente.

Aquella mañana de primavera, el sol del amanecer lo invitó como nunca a salir de su madriguera. Sí, estaba seguro, "hoy saldría". De pronto, cuando ya se dirigía a la calle sonó impetuosamente el teléfono. Pensaba ignorarlo, pero la continua llamada estridente del móvil se impuso sobre sus deseos. Contestó molesto: "¡Dígame!" Al otro lado sonó una voz dulce y melodiosa: "¡Qué tal Marcos! ¿Cómo estás?" Al contestar suavizó el tono. María siempre conseguía apaciguar sus más rebeldes sentimientos.

-Bien, dentro de lo que cabe.

-¿Por qué no has vuelto aún a la Uni? Se te echa de menos.

-No sé, María. Todavía no me siento preparado para dar ese paso. Estoy pensando en...

-¿No se te habrá ocurrido abandonar? –Contestó con profundo temor. María tenía el extraordinario poder de averiguar siempre lo que estaba pensando antes de que pudiera hablar.

-Bueno, ya que lo dices, sí. No sé qué pinto ahora en la universidad estudiando algo para lo que ya no estoy preparado.

- Y...¿Qué tiene que ver? Lo más importante de una persona no son sus piernas.

-Según para qué, ¿no crees? ¿Cómo va un profesor lisiado a enseñar a sus alumnos a trabajar con sus piernas, estando él impedido para mostrárselo?

- Eso es lo de menos. Si a ti te gusta lo que estudias, y yo sé que te apasiona. ¡ Termínalo!

- ¿Para qué, María? Es un sacrificio inútil. No me apetece esforzarme durante todo un curso para luego tener un título colgado en la pared de mi habitación que solo me va a servir de adorno y me va a hacer sufrir cada vez que lo vea.

-Pues no lo mires. Cuando el próximo año te licencies, ni siquiera lo enmarques, lo guardas en el cajón de tu mesa y ya está. ¿Te parece?

- Bueno, vale. No te lo tomes a broma. Tienes razón, sería estúpido a estas alturas tirar por la borda el trabajo de tantos años.

- Entonces, ¿me prometes que mañana te veremos aquí?

-Vale. Te prometo que mañana seré la novedad de la facultad. Díselo a todos para que vengan a ver a la atracción de feria.

- No seas así. Ir en silla de ruedas no es nada vergonzante.

-Ya..., lo decía por decir algo.

-Bueno, hasta mañana, guapo.

-Chao, María.

Aquella noche Marcos no logró conciliar el sueño. Mañana, estuviera como estuviera él y como estuviese el tiempo, tenía que ir de nuevo a la facultad. Recorrer sus pasillos como hacía tres meses cuando su ánimo era alto y se mostraba incluso ufano ante los demás por su dominio de las materias, sus grandes capacidades deportivas y su futuro que se le prometía repleto de interesantes posibilidades. Y ahora, ¿dónde estaban sus aires de consentido empollón? ¿Dónde las ofertas y el futuro prometedor? Todo aquello le dolía. Durante aquellos años de vida universitaria se había preparado a fondo y en conciencia para ser el mejor en todo menos en algo que ahora necesitaba con premura. Se sentía pobre, muy pobre en valores humanos. Se avergonzaba ahora de las numerosas veces que se divirtió a costa de las dificultades que manifestaban muchos de sus compañeros a la hora de exponer teorías y principios del movimiento y el desarrollo del cuerpo o al demostrarlo con actividades propuestas y ejecutadas por ellos mismos. ¡Cuánta torpeza! ¡Cuánta imperfección en cada paso! Y ahora él, el mejor de todos, el más elocuente, el más inteligente, el mejor deportista reducido a la nada. Se sentía un simple manojito de huesos inútiles, muertos, torpes que no responderían jamás a sus imágenes trazadas en el blanco lienzo de su imaginación. Allí estaba el mejor, reducido a la más pequeña nimiedad.

Cuando ya amanecía y los primeros rayos de sol se colaban por los visillos de las ventanas, abrió los ojos y logró, por un momento, sentirse como antes: seguro, triunfador, antes de ir a mostrar sus dones, perdidos para siempre como él creía. Se lo merecía, sí, no cabía duda. La vida quería darle una lección y lo había logrado. Era terrible bajar de un pedestal para caer al más absoluto abismo de soledad y fracaso. Pero era en ese preciso instante, cuando podía entender lo que durante tanto tiempo hizo sentir a otros a los que consideraba inferiores.

Se vistió, cogió de la mesa la carpeta que se había quedado allí, inmóvil, esperándole, aquella noche. Cuando ya estuvo delante de la puerta de salida, volvió a sentir pánico del mundo exterior pero ahora la promesa hecha a María funcionaba como un resorte. Eso sí, la palabra dada era algo sagrado para él antes y ahora. Salió y comenzó a sentir aquellas sensaciones olvidadas como el aire acariciándole el rostro, el sol dorando sus mejillas, las caras conocidas del barrio que le salían a su encuentro y lo recibían con una amplia sonrisa, fuera sincera o de compasión. Ahora eso no le importaba, necesitaba ver rostros amigos cerca y lo estaba consiguiendo.

No podía evitar pensamientos negativos cuando la gente se movía para dejarle espacio, cuando lo ayudaron al subir a la guagua , cuando una niña de unos cuatro años preguntó a su madre señalando la silla : “¿ Mamá por qué ese señor tiene una silla distinta?” Y pudo escuchar la explicación concisa pero clara de su madre. A la que la niña respondió con aquella palabra que le dolió más que el golpe de varios puñetazos: “¡El pobre!”.

Al acercarse a la facultad de Educación Física atisbó un gran tumulto de personas que se agolpaban en la cristalera de acceso. Sintió miedo. ¿Sería verdad que María los había convocado a todos como él le insinuó? Fue una estupidez, ahora no se sentía con fuerzas para ser protagonista de nada y menos de su propia derrota. Prefería pasar desapercibido. Este último sentimiento le sorprendió, nunca antes había sentido la necesidad imperiosa de que nadie se fijara en él. Todo lo contrario, no había momento en el que no aprovechara el acontecimiento más fortuito para dejar constancia de sus innumerables talentos.

Se armó de valor, mientras se acercaba. Cuando alcanzó la puerta se percató con cierta melancolía que nadie lo esperaba, lo que dañó profundamente su ego. Tuvo incluso que pedir permiso para que lo dejaran pasar. Se trataba de un grupo de alumnos novatos que se buscaban en las listas que acababan de ser publicadas a ver si por suerte habían logrado entrar en la facultad para poder comenzar a estudiar el siguiente curso. Ni tan siquiera lo miraron. No lo conocían ni mostraron interés en hacerlo. Cogió el ascensor y subió a la primera planta. Se dirigió al aula de fisiología. Hoy, si la memoria no le fallaba, le tocaba esta materia. Había llegado demasiado temprano. Era el primero y el único. Según fue pasando el tiempo, lentamente aquellos cuatro muros fueron encerrando entre sus fauces el respirar de muchas vidas. Algunos se acercaron a donde estaba y lo saludaron dándole la mano como si nada hubiera pasado. Otros, más tímidos o aquellos a los que tanto había *machacado* , lo miraron de lejos y le sonrieron. Buscaba de soslayo a María pero no lograba localizarla. De pronto, un beso en su mejilla izquierda le hizo regresar a su lugar en aquella esquina en la segunda fila. Era ella, tan inesperada como siempre. Cuando la miró la vio más hermosa que nunca. ¡Cómo era posible que hasta hoy no se hubiera dado cuenta de lo preciosa que era! Comprendió entonces que su enorme vanidad le impedía caer a los pies de nadie y menos de una chica. Ella siempre había estado a su lado en los buenos y en los malos momentos desde que la conoció en el primer curso. Y él solo la había utilizado. Eran muchos los amigos que le decían que estaba coladita por él, pero Marcos en su actitud autosuficiente se zafaba como podía y exclamaba:

” ¡Déjense de boberías! Es solo una buena amiga. El día que necesite una esposa ya me la buscaré.” En aquel instante hubiera deseado que todo fuera diferente. Que ella fuera su novia y le diera todo el amor que llevaba dentro para curar su herida abierta. Y así, junto a María podría aprender a conjugar los verbos en la persona del *nosotros*.

La clase de fisiología comenzó. El profesor D. Cipriano, tan serio como siempre, solo le miró al comenzar y levantó su mano derecha en señal de saludo. Marcos aprovechó para abstraerse de todos y de todo y comenzar a nadar entre aquellos contenidos nuevos que le eran tan atractivos.

Cuando acabaron las clases. María y otros amigos lo invitaron a tomarse algo con ellos pero a Marcos no le apetecía porque ahora, no sabía el porqué, rechazaba todo lo que antes le entusiasmaba como la fiesta y la charanga. Prefería la soledad, la reflexión y la conversación serena y profunda. Parecía mentira que eso le pasara a “el mayor superficial que ha visto el mundo mundial”, como le espetaba con frecuencia su hermano mayor. Además, estaba cansado, tal vez por ser el primer día de clase desde entonces. Se despidió con cariño hasta el día siguiente y le entraron unas ganas locas de comenzar a pasar al ordenador las notas que había tomado de las clases a las que había asistido. Habían marcado la elaboración de nuevos ejercicios gimnásticos que mostrarán la flexibilidad, el equilibrio y la seguridad del cuerpo humano.

Cuando llegó la noche estaba sentado frente a su ordenador. Ya había reescrito las clases. Ahora debía iniciar la elaboración de las actividades. Aunque el profesor había dado una semana de tiempo para presentarlos, a él estos ejercicios le encantaban, era lo mejor que se le daba, así que se dijo así mismo: “Manos a la obra, chavalote” Le alegraba comprobar que una nueva ilusión se abría paso entre tanta miseria humana que lo había rodeado aquellos últimos tres meses.

Sin embargo, no pudo escribir nada porque no sabía cómo describirlo con las palabras adecuadas. Los ejercicios le bailaban con tanta perfección en su cabeza que reducirlos a palabras, por muy hermosas que fueran, resultaba una mediocridad. Por otro lado, solía anotar escuetamente algunas indicaciones y luego los realizaba personalmente. Pero ahora eso era imposible. Se acarició sus piernas muertas que no lograban ni sentir el tacto caliente de sus manos.

Se derrumbó. “No podré conseguirlo”, se dijo asimismo y se fue a dormir. Mientras daba vueltas en la cama intentando encontrar un nuevo camino a su mayor don que era la creación, se quedó dormido profundamente.

De pronto, se despertó y se acercó de nuevo a la mesa. Cuando estuvo a su lado con las manos sobre la superficie, se percató de que estaba de pie. La silla no aparecía por ningún lado. Sintió una alegría inmensa y en un primer momento pensó que todo había sido un terrible sueño que le había dado una gran lección. Algo había cambiado en él y eso era importante. Comenzó entonces a moverse por toda la habitación con ritmo frenético y a desarrollar con total maestría aquellas actividades deportivas que se le exigían. Más contento que nunca se acostó de nuevo en la cama, y miró sus piernas moverse. Las abrazó con fuerza y las pegó a su pecho y agradeció el don que Dios le había regalado de poder andar. No era algo que se pudiera exigir ni que todo el mundo tuviera el derecho de tener, sino que era un regalo poder usarlas. La sensación de humildad y abandono en las manos del Padre era un sentimiento que se apoderaba cada vez más de su persona y eso que no había sido nunca muy religioso. Durmió de un tirón y el despertador lo asustó. Se levantó con ligereza pero cuando fue a salir de la cama se cayó de bruces al suelo porque sus piernas no le respondieron. Intentó levantarse de nuevo pero no pudo lograrlo y cuando miró detrás de él, en la esquina de la habitación, allí estaba ella, esperándolo de nuevo.

Pero... “¿Qué había ocurrido? Si todo fue un sueño... o ¿el sueño fue lo de anoche?”, se preguntó con desesperación. Comenzó a llamar a su madre con gritos dolorosos. Ella llegó enseguida y se asustó mucho al verlo sentado en el suelo. Marcos guardó silencio y no le contó nada de la aventura de la noche anterior. Pensó que era mejor guardarse sus tonterías para él y no molestar más a su madre que ya había sufrido bastante. Se justificó diciendo que se volteó demasiado rápido y se cayó.

Antes de salir para la facultad, recogió con desgana su carpeta que estaba sobre el escritorio. No recordaba haberla dejado cerrada. Cuando llegó a la clase y los compañeros comentaban entusiasmados sus originales actividades, Marcos guardaba silencio sumido en un profundo mutismo. El señor Ciberio lo llamó y le pidió que expusiera sus trabajos como los tuviera porque aun quedaban días. Marcos se acercó hasta donde pudo con la silla y abrió su cartapacio esperando no encontrar nada hecho. Le extendió los folios que había dentro y permaneció en

silencio, esperando el comentario negativo del profesor que, decepcionado, habría comprobado, como él lo hizo la noche anterior, que ya no podía destacar ni en aquello en lo que siempre había sido el primero. Pero en lugar de una reprimenda cariñosa, el señor Ciberio junto con el resto de los presentes exclamaron con un ¡oh! de admiración rotundo. A continuación el profesor le dijo: “Usted se ha superado, señor Martínez. Ha sido capaz de adecuar su trabajo a su nuevas circunstancias personales sin que ello haya mermado la calidad del mismo, todo lo contrario, lo ha dotado de un nuevo sentido de perfección y humanidad desconocido hasta ahora en usted.”

Marcos no podía comprender nada. Solo cuando le devolvió los folios, de nuevo descansó su vista sobre las hojas y comprobó con asombro como todos los movimientos y ejercicios que había creído ejecutar la noche anterior se habían plasmado en el papel en forma de maravillosos y brillantes bocetos. “¡Claro! –exclamó para sí–, ¿Cómo no lo había pensado antes?”

Llegó pronto a casa y se puso a trabajar. No tenía ni idea de que fuera tan bueno dibujando. Solo tenía que cerrar los ojos e imaginar los movimientos para que después sus manos la reprodujeran fielmente en el papel. Estaba entusiasmado. Ya nada se interpondría entre él y su creatividad.

Terminó la carrera con Cum Laude y la facultad de Educación Física estimó que sería muy provechoso para las generaciones futuras tener como profesor a un hombre que había aprendido de sus propios errores y supo superar las adversidades de la vida con éxito. En sus clases magistrales no teorizaba, solo mostraba sus creaciones y transmitía con acierto las nuevas concepciones y dimensiones del movimiento humano.

Una noche de Navidad, mientras observaba a sus hijos colocando el belén, y su querida María le acariciaba con ternura su cabello ensortijado, comenzó a reflexionar en voz alta: “¿Quién pintó aquella noche?”

-No le des más vueltas, contestó su mujer. Piensa que fue otro don que tenías dormido esperando la oportunidad que le propició el accidente. Simplemente aquella noche escuchó tu voz dolorosa que entre sueños le decía como a Lázaro Jesús: ¡Levántate y anda!